

# EL VIAJE ENCANTADO DE MUSALENKO



# EL VIAJE ENCANTADO DE MUSALENKO

¿Te acuerdas de la última aventura de nuestro héroe Musalenko? Se fue vagabundeando por mares y océanos, recorrió al menos 21 montañas, se fajó con un remolino de mar, con la mala conducta de Malvada y Malito, y nos enseñó a todos que la mayor de las riquezas es LA AMISTAD.

Y ahora acurrúquese contra mamá, papá, abuela o abuelo o, si puedes leer, agarre valientemente este libro y déjate embarcar en la siguiente aventura de Musalenko y sus amigos.





Es el otoño de tantos colores. Musalenko se despertó, se lavó los dientes y echó una mirada hacia el amanecer que, como todos sabemos, siempre aparece desde el Este. El sol era todo fuego, y el cielo y las nubes fluían en todas las tonalidades de lo rosado-naranja-amarillo-lila. Se cepilló los dientes, tuvo un sabroso desayuno y puso comida en el tazón de su amigo Ronrón. No es que haya omitido darle de comer alguna vez, pero había oído decir que a veces los niños se olvidan de cuidar de sus favoritos domésticos.

Como, por ejemplo:

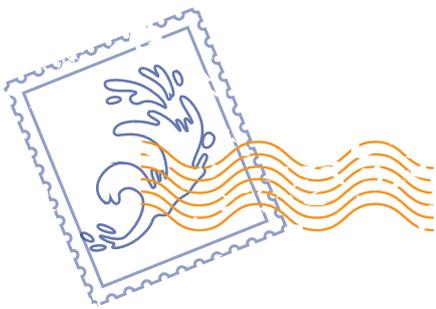
- Un gatito acurrucado en el sofá;
- Un perro adoptado, escondido por debajo de la mesa;
- Un pez dorado que no siempre cumple los deseos;
- Un castor todo de pelusa, tejido por la vecina tan amable;
- Una hormiga en la ventana

O BIEN

- ¡El elefante en peluche mayor posible, con las mayores orejas posibles en peluche, atiborrado por debajo de la cama!

Y antes de quitarse su pijama y ponerse la ropa, Musalenko echó otra mirada por la ventana. Hasta la abrió levemente y sacó su nariz. Se olía un tufillo de fresco... y de bollos de canela. “¡Yahuuu! ¡Y qué charcos más estupendos había desde la lluvia de esta noche!” – pensó Musalenko. Se recordó de la regla de que no hay tiempo malo, sino que hay un Musalenko que no está convenientemente vestido. Se colocó un gorro de otoño, una chaqueta caliente, y se puso las botas preferidas de color amarillo, y el overol de caucho más preferido, para los charcos aún más preferidos. Preparó su mochila y en ella ordenó con cuidado: una garrafa de agua, un termo con té, pero no muy caliente, una cajita





con zanahorias cortadas en forma de galletas saladas, unas galletas saladas verdaderas, dos manzanas, una cartera con un tanto de dinero, una lámpara de casco azul, un paquete de granos de maíz para las aves en el parque, y para Ronrón, un paquete de biscochos de gato.

Alguien creerá que hay mucho equipaje ahí. La regla de Musalenko es que, cuando sale de paseo, tenga siempre una mochila bien preparada. Porque nadie sabe cuán largo puede ser un día, cuánta hambre le entrará a la barriguita y cuántas sorpresas agradables podrían surgir.

- Ya estamos listos para un paseo-aventura – dijo Musalenko a Ronrón.

Musalenko trancó la puerta, arregló el felpudo para los zapatos y revisó la caja postal. Estaba esperando la carta de un amigo. No había carta, sino ¡todo un paquete! Lo abrió y encontró adentro un regalo: un aparato fotográfico para fotos instantáneas. Musalenko sonrió, puso el regalo en su mochila y salieron de casas ambos alegres con Ronrón.

“Es muy curioso de andar sin prisa”, andaba pensando Musalenko. – “Es en aquel entonces que descubres la mayoría de tesoros, bien que hayas pasado por este camino cada mañana”.

Al caminar, Musalenko atravesó varios caminos de hormigas, saltando por encima de ellos con salto de león. Luego dobló al lado de un acopio de piedras y se enfrentó a unos trabajos de reparación de la ruta, con una gran excavadora amarilla. Y dentro de un rato ante los ojos de Musalenko apareció la gigantesca sequoia familiar, en el inicio del parque. Es un viejo árbol conífero de la altura de un bloque de 5 pisos y de la edad de cerca de 150



años. A Musalenko le vino la idea de reunir los pinochos caídos en su alrededor, para, con la ayuda de un poco de hilo y un tanto de pinturas, transformarlos en juguetes para el árbol de Navidad. Se fue para donde el suntuoso árbol, cuando en medio de su camino no solamente apareció, sino lo alumbró con todo su resplandor un inmenso charco. “¡Splash!” y con un salto olímpico Musalenko casi se sumergió en él. El agua del charco se dispersó, todo se puso a cintilar y de pronto Musalenko y Ronrón se encontraron en un lugar desconocido, circundado de montañas amarillas de arena. Musalenko tomó un trago de agua, respiró profundamente 10



veces, contó hasta 2 en la 4-ta potencia. Echó una mirada alrededor y reunió coraje para preguntar a la caravana de camellos:

- ¿Hola, perdonenme, donde es que nos encontramos, yo y mi amigo Ronrón?

- En el desierto del Sahara – contestó el camello conductor de la caravana. – es el mayor desierto caliente del mundo. Ante él, en tamaño, tenemos solamente el continente del Polo Sur Antártida y el Ártica que se encuentra en el lugar más al norte. Pero lo que hay en ellos es solamente hielo...

- Qué raro... contestó Musalenko. – Pero no se llama desierto al lugar de mucha arena?

- Algunos lugares sin arena también se llaman desierto – dijo el camello de trenzas. – Porque es desierto, no hay prácticamente ninguna planta, ni siquiera hay mucha gente alrededor, ni tampoco camellos.

- Y si quieres pasar más tiempo en el Sahara, tienes que llevar contigo ropa para el verano y para el invierno. Mismo si el tiempo durante el transcurso de todo el año es siempre el mismo – añadió otro camello de anteojos rosados. – Aquí llueve una, al máximo dos veces al año, y las temperaturas están entre – 18° C hasta 56° C. Para hacer una comparación – en tu frigorífico la temperatura es acerca de 2°C...

- Y para que lo sepas, estas botas de caucho para la lluvia no te convienen nada para este lugar – dijo un tercer camello de gorro blanco y brackets multicolores en los dientes. - No importa que sea el invierno ahora. La temperatura de la arena en el desierto puede llegar hasta 81°C. Es mejor irnos allá, cerca de las pirámides. Hay un pequeño mercado y te podrás comprar unas sandalias.



Musalenko estaba mirando con ojos dilatados y trataba de memorizar todo lo que le decían los amables camellos. Luego de pensar un poco, preguntó:

- Pirámides, arena – aparentemente he dado con el Egipto. Gracias por la información tan útil, venerados camellos. Pienso haberlo entendido todo. Solamente que no sé cómo he llegado hasta aquí, ni tengo ninguna idea de cómo regresar en casa. ¿Me podéis ayudar?

El primer camello, que era el conductor de la caravana, le entregó una pequeña pirámide y le contestó:

- A menudo es mejor tener paciencia, Musalenko. Comprenderás todo lo necesario cuando será necesario. Lo que no quiere decir que no puedes dirigir preguntas. Es con preguntas que aprendemos, mismo nosotros camellos, la mayoría de las cosas. Ponte esta pirámide en la mochila como recuerdo de nuestro encuentro y siga notando las señales interesantes en tu ruta. Son ellas las que te indicarán el camino.

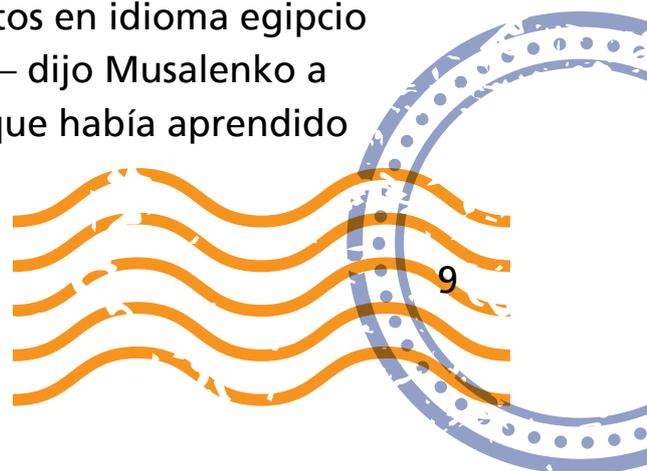
- ¡Y una foto de mi parte, para el recuerdo! – retozó Musalenko quien se acordó del aparato fotográfico en la mochila. Musalenko lo sacó rápidamente y cliqueó hacia sí mismo, hacia Ronrón y la caravana de camellos. La foto apareció en seguida sobre un papel especial desde el aparato de fotos y Musalenko la entregó al camello-guía después de haber puesto su dirección en el dorso. Y la caravana salió lentamente en dirección del oeste y el sol poniente. Musalenko acompañó con su mirada a los camellos tan amables, tomó un trago de su botella de agua y echó camino de las pirámides egipcias. En su camino notó trazas de serpiente

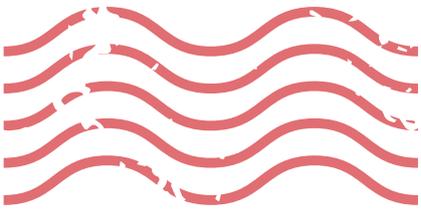


en la arena y casi era seguro de haber vislumbrado un escorpio. Soñaba con ver a un verdadero cocodrilo en el río Nilo que debía encontrarse por aquí, en las proximidades. Pero esto lo hará en alguna otra excursión, que sería planeada algo mejor... Lo importante, ahora, será de ver cómo regresar en casa. Luego de haberse comprado un par de sandalias del mercado próximo a las pirámides cercanas, Musalenko decidió de entrar en una pirámide con Ronrón y buscar señales interesantes, tal como se lo había dicho el camello. No había señales de circulación alrededor, ni marcos de senderos en la montaña o letreros luminosos. ¿O tal vez debería mirar alrededor para ver banderitas? Musalenko no tenía idea de qué aspecto deberían tener estas señales, pero nadie puede saberlo todo. Y se recordó: "A menudo es mejor tener paciencia".

Era la primera vez que Musalenko entra en una pirámide. Esta construcción milagrosa se asemeja mucho a un triángulo y está hecha de enormes piedras rectangulares, no tiene ventanas, y en las paredes tiene unos dibujos exquisitos de gente que baila o simplemente de gente que pasea, de animales, de aves, del sol, de círculos y rayitas y, de vez en cuando, algún ojo muy bonito de inmensas pestañas.

- Esto no son dibujos ordinarios, sino escritos en idioma egipcio antiguo. Se llaman "jeroglíficos egipcios" – dijo Musalenko a Ronrón mientras repasaba en voz alta lo que había aprendido





sobre las pirámides. – Y esto es una bonita piedra encontrada por casualidad y tiene la forma de un corazón – añadió Musalenko, mirando donde sus pies.

Tomó la piedrecita y de pronto todo resplandeció, y ambos con Ronrón se encontraron en el borde de una gran superficie de agua. “¿Qué sería esto?” – pensó Musalenko. – “¿Sería un océano, un mar, un lago, o tal vez una enorme lágrima de algún gigante... o de una gigante?”

- ¡Bienvenidos en Macedonia con fragancia de primavera! - gritó un capitán muy feliz del bordo de un barco que pasaba muy cerca.

- Hola...mmm... ¡señor Capitán! – dijo Musalenko, algo inseguro, pero se recuperó de modo rápido. – Pero... ¿cómo es eso, Macedonia? – prosiguió con más vigor.

El señor capitán ni siquiera lo oyó, y el barco prosiguió su camino. Musalenko se sentó en la orilla para pensar. Comprendió que está viajando por diversos países sin boleto, sino con alguna magia.

Por un lado, esto está bien, porque no tenía que gastar dinero, aprendía cosas nuevas y ni siquiera había soñado con una aventura de esta especie. Y ¿no sería un sueño? Se pinchó fuertemente en las mejillas, y nada cambió, sino que le dolió. Pensó otro rato más, miró alrededor para ver alguna señal. “Y además debo ver cómo regresamos en casa, Ronrón. ¡Vamos!”

Ambos con Ronrón pasearon en las rutas estrechas de la ciudad a proximidad, anduvieron por los muelles de madera por encima del agua y aprendieron muchas cosas acerca de la ciudad y del lago que no es una lágrima de gigante. La ciudad se llama Ohrid, y la



gran superficie de agua a su lado es el lago más profundo de la península balcánica. Se llama el "Lago de Ohrid" y su profundidad más profunda es de 287 metros. A Musalenko le parecieron muchísimo. ¿Y será que en el metro 287 viven peces? Seguramente



habrá una tremenda obscuridad ahí... ¿Tendrán los peces farolitos? ¿Y será que algún buceador se haya sumergido hasta llegar a estos 287 metros? Probablemente sí... ¿para medir este fondo tan profundo?

Mientras surgían todas estas cuestiones, a Musalenko le entró un hambre. Resolvieron encontrar con Ronrón un lugar adecuado para una merienda en la costa. O, mejor dicho, perderse de manera inadvertida y que el lindo lugar de meriendas los encuentre a ellos. Se sentaron en una linda playa cubierta de piedras redondas. Sacaron algo de comer y se pusieron a mirar los barcos en el lago. De pronto se les aproximó nadando un cisne blanco con una corona real.

- ¡Hola! Yo soy yo. ¿Me pueden dar una galleta salada? O un biscocho de gatos – ¡nunca he probado comida de gatos! – dijo el cisne de corona.

Musalenko había tenido cuidado cuando sus clases de biología y le explicó en seguida al cisne que su vientre de cisne le hará sufrir al probar galletas saladas, zanahorias, comida de gatos y cada cual de los diversos manjares deliciosos y dudosos para humanos y gatunos. También se recordó que en su mochila había granos de maíz para los patos del parque, y echó de ellos en una gran hoja.

- Qué hoja más interesante – dijo Yo-soy-yo. Con su tallo se parece a un paraguas, y sin él, a un plato de pizza o un comedero de cisne.

El cisne Yo-soy-yo se puso a comer cuando Musalenko le preguntó de manera impaciente:

- No sé cómo llegamos hasta aquí con Ronrón y no sé cómo regresaremos en casa. ¿Nos podrías ayudar?

- No se debe hablar mientras un hombre, un cisne o un gato o

quienquiera que sea se está alimentando – dijo Yo-soy-yo.

Musalenko mantuvo silencio... “¡Tengo que ser paciente!” Todos comieron con placer, admirando los brillos de la superficie del lago, los aromas primaverales, las verdes colinas alrededor, la linda iglesia en el borde de una roca.

“¿Cómo hace para no caerse de ahí, esta iglesia?” – estaba pensando Musalenko mientras comía zanahorias. – Parece vieja. Como las pirámides. Ellas también son muy, muy viejas. Y el Lago de Ohrid es aún más viejo. A él nadie lo construyó y probablemente los dinosaurios se recordarían de cómo se hizo tan profundo y se llenó con tanta agua.”

- Gracias por el consejo y para la comida sabrosa. Tomen una pluma en recuerdo – dijo el cisne cuando terminó de comer y arrancó con su pico una pluma de su ala derecha. – Y no te olvides preguntar y mirar para señales. Es así que regresarás en casa. ¡Y las señales están por doquier en tu alrededor y el de Ronrón! – se giró Yo-soy-yo y tomó vuelo.

Musalenko cogió la pluma blanca suave como la seda y la puso al lado de la pirámide en su mochila. Llenó la botella de agua en fuente y le echó al Ronrón sediento. Hizo una pequeña torre de piedras en la orilla y decidió descansar bajo un roble centenario. Puede que se haya dormido un poco, cuando una rama del árbol hizo ruido, se cayó y le quitó el sueño. Cuando la tomó, se dio cuenta de su forma de la letra “Y”. De pronto todo se puso a brillar... y se hizo más caliente. Musalenko abrió los ojos y miró a su alrededor. Tenía ante él el agua más azul del mundo, que se bañaba







en las playas de arena más amarillas, circundadas de palmas.

- Ronrón, creo haber visto lugares semejantes solamente en imágenes en el gran mapa del mundo en la biblioteca del parque – dijo Musalenko. – No tengo idea dónde nos encontramos, pero mi experiencia de viajero me dice que lo sabremos pronto.

Musalenko y Ronrón tomaron el camino hacia el interior de la isla y toparon con una bicicleta cerca de la ruta con un escrito “Toma. Usa y deja ahí donde encuentres un escrito semejante”. Musalenko se regocijó, agarró la bicicleta y puso en el cesto delantero a Ronrón y a su mochila. El camino era plano y atravesaba bosques de abogado, campos de caña de azúcar, y el fruto tan sabroso de guayaba se encontraba a cada paso de ciclista. “Salimos de donde ni sabíamos dónde estamos, y ahora ¿quién sabe cuando llegamos en alguna parte?” – iba pensando Musalenko. Siguieron conduciendo un rato más, se pararon para coger una fruta y mirar alrededor – se veía una ciudad en las cercanías. Se encaminaron ahí de bicicleta y toparon con otro escrito “Bienvenidos en La Habana”.

- ¡¡¡Cuba!!! – se exclamó Musalenko emocionado. – Ronrón, hemos topado en un país tal que es todo isla y es siempre verano. Está circundado de mar y de océano. Si te fijas con más atención en algún mapa geográfico, verás que Cuba tiene la forma de un cocodrilo. Aquí hay más de 250 playas para nadar, hacer castillos de arena, mirar los amaneceres y los atardeceres. Menos mal que no es una isla salvaje y habrá con quién hablar de diversas cosas. Y la capital de Cuba es esta Habana en que nos encontramos en este momento. He leído que es de muchos colores.





Musalenko y Ronrón dejaron la bicicleta en el lugar indicado y se fueron de paseo a pie en las pequeñas calles de la vieja parte de la ciudad. Andaban circundados de vivos colores por doquier – en los edificios pintados, en los viejos automóviles entretenidos, en los vestidos de la gente, en los vendedores de flores y frutas. Y tanta música en cada esquina, cada ángulo, círculo, cuadrado y plaza. Nuestros protagonistas anduvieron paseando todo el día y se sentaron, cansados, al pie de una de las tantas palmeras. Y de pronto escucharon un zumbido, tan fino, como de una abeja:

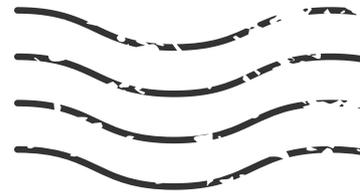
- ¡Oigan, ustedes, gatito naranja y hombrecito azul con peinado! ¿Por qué no bailan? – les preguntó un colibrí, pero no simplemente un colibrí, sino el más pequeño colibrí del mundo. - Aquí todo el mundo sabe bailar. Hasta yo mismo, bien que soy un pajarito del tamaño de su meñique.

- Yo no sé bailar... En fin, conozco algún que otro movimiento, pero no me salen los bailes cubanos – contestó Musalenko, algo avergonzado.

- Y yo juego béisbol – contestó el colibrí-abeja y siguió sin tomar aire: puedo bailar, mi prima prepara el mejor manjar con plátanos de toda Cuba, mi hermana es médica, y mi tía es profesora de música y puede jugar el contrabajo 3 horas sin parar.

- Y yo puedo soñar y tomar gusto a los viajes. Mi sueño más soñado es de hacerme cosmonauta – añadió Musalenko. – Estoy volando a menudo en mis sueños. Una vez me encontré en un país lleno de fuentes, de las cuales salía jarabe de frambuesas. ¡También había un dragón verdadero!

- ¿Habrá sido el planeta de las frambuesas? – dijo el colibrí más



pequeño del mundo. – Me la imagino muy sabrosa. Y ¿habrá orquídeas en este planeta? Son mis favoritas y son tan lindas. Me pregunto siempre de si se asemejan a unas mariposas gigantes o si las mariposas se asemejan a las orquídeas. Si se ponen a escuchar música cubana, hasta las orquídeas se ponen a bailar.

- Será talvez porque la música de aquí es mágica – prosiguió Musalenko y se giró emocionadamente.

El colibrí más pequeño del mundo tomó vuelo y junto con otros cerca de 600 colibríes más pequeños trajo a Musalenko una orquídea.

- ¡Tome, hombrecito azul de peinado! Una orquídea de recuerdo desde Cuba – dijo el colibrí más pequeño del mundo.

Al tocar Musalenko las hojas de la flor, todo empezó a brillar...



... y nuestros amigos se encontraron en un lugar totalmente diferente. Y hasta donde podían alcanzar sus miradas, sus oídos, sus olfatos y su imaginación, se notaban cimas de montañas, cielos azules y alguna que otra nube blanca plumosa.

- Tómate un ramito de menta y un puñado de arándanos frescos. Los recogí en el camino para aquí – dijo una cabra montesa que llevaba en la cabeza un casco con lámpara. - Se pueden quedar con su gato pelirrojo para que miremos juntos la puesta del sol y tomar té de menta con un poco de miel. Me paso el día subiendo y bajando, bajando y subiendo. Y aquí es donde más me gusta acoger y despedirme con el sol. Esta cima se llama Musalá – la cima más alta en Bulgaria y en la península balcánica. La lámpara en el casco me la llevo para darme luz si me atraso en mi camino hacia la casa, y el casco me protege de estrellas fugaces. Cuando me acuesto aquí en la tarde, ayudo a la Tierra: mantengo el cielo y las estrellas con mis cuernecitos, para que no le pesen demasiado.

- ¡Las estrellas fugaces no son estrellas! Son meteoritos que cumplen deseos. Vienen del cosmos y se iluminan al quemarse en la atmósfera de la Tierra. Y de verdad, esto es muy bonito... - se pronunció un treparriscos escondido en las proximidades (nota del autor: son poco, la gente que sabe que es un ave gris con alas de púrpura y que vive en lo alto de ciertas montañas).

Musalenko se quedaba sentado en la cima, sorbiendo su té y, mirando en las estrellas, añadió:

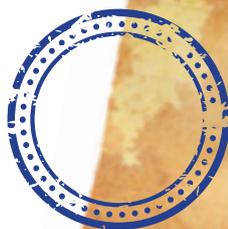
- Lo más lindo, sin embargo, es de vez en cuando visible para los ojos.

La tarde en la montaña, menos caliente y más fría, era rellena de aromas de hierbabuenas y de agradable frescura. El viento trajo

del parador cercano aroma de bollos de canela. De repente en el cielo infinito apareció toda una bandada de estrellas fugaces - parpadeantes y con colas brillantes. Musalenko le dio gracias a todo el Universo para este instante, para las aventuras, para los encuentros interesantes y los signos en el camino. Y expresó deseo de muchas aventuras más... y sin embargo de regresar pronto en casa también, para averiguar su caja postal. Es muy agradable recibir cartas de un amigo y de contestarlas.

- Y, ¿habrá por casualidad una caja postal en la cima de Musalá? – preguntó Musalenko a la cabra montesa. Ella le pasó un ramito de menta, todo se puso a brillar y Musalenko se encontró ante el tremendo gran charco en el parque. Llevaba sus botas de caucho, era con su mochila en las espaldas y con Ronrón yendo alrededor. Musalenko se dio cuenta de que llevaba en mano un ramito aromático de menta, y cuando abrió la mochila, encontró la pequeña pirámide, la orquídea y una pluma suave como seda. El aparato de foto había, quien sabe cómo, sacado una foto del camello-guía del Egipto, el cisne Yo-soy-yo de Macedonia, el colibrí más pequeño del mundo desde Cuba y la cabra montesa con casco con lámpara desde Bulgaria. Y en el dorso de cada foto había una dirección exacta, un sonrisa y un pequeño poema:

En los puntos diversos del MUNDO  
AMIGOS somos, siendo JUNTOS  
En las aventuras, alegrías, penas,  
Reunimos las SUPERFUERZAS  
Y subimos en EL TOPO.







El viaje encantado de Musalenko

© Musala Soft

Stefka Ognyanova - autor, 2021

Gabriela Taneva - diseño de libro e ilustración , 2021

